

*Lucio V. Mansilla en el Paraguay:
un territorio propio*

Sandra Contreras

INSTITUTO DE ESTUDIOS CRÍTICOS EN HUMANIDADES (CONICET-UNR)

ABSTRACT

This paper proposes a reading of a collection of articles by Lucio V. Mansilla in which the author describes Paraguay as a field of experiences and a scenario of observations, as well as a territory that is part of his own world, while at the same time expands this map. Without including articles related to the Paraguayan War, we present several texts published between 1878 and 1889 and organize them in two main series: on the one hand, those where we read the narrative forms and images that Mansilla essayed as an explorer in his expedition to the country of gold; on the other hand, we present the political and cultural representations about pre- and post-war Paraguay in which Mansilla intervened as a foreign traveler, also in the post-war years.

Keywords: Lucio V. Mansilla, Paraguay, travel, exploration, post-war.

Este trabajo se propone leer un conjunto de artículos en que Lucio V. Mansilla configura a Paraguay como campo de experiencias y escenario de observaciones, y como un territorio que integra en, y a la vez amplía, el mapa de su mundo. Sin incluir aquí los vinculados con la Guerra de Paraguay, el trabajo agrupa textos publicados entre 1878 y 1889 en dos grandes series: por un lado, se leen las formas narrativas e imágenes ensayadas por Mansilla como explorador en su expedición al país del oro; por otro, el conjunto de representaciones políticas y culturales sobre el Paraguay pre y posbélico en el que interviene Mansilla como viajero extranjero, también en los años de posguerra.

Palabras clave: Lucio V. Mansilla, Paraguay, viaje, exploración, posguerra.

Introducción

El índice analítico que Lucio V. Mansilla incluye en los cinco tomos publicados de *Entre-nos. Causeries del jueves* (1889-1890) es curioso y significativo en más de un sentido. Confeccionada por él mismo, la lista desglosa cada "materia" a través de una serie de frases, frases que son índices, a su vez, de la originalidad de su estilo y también, lógicamente, de lo que el autor quiere subrayar. Si se toma la edición de Hachette, que en 1963 compila los cinco tomos, podrá verse que la materia más voluminosa (dos páginas enteras y más de un centenar de entradas) corresponde a *Mansilla, Lucio V.* Que le siguen, en extensión, *Paraguay*, desglosada en diecisiete entradas y *Rozas, Juan Manuel*, en dieciséis. Y que *París*, que sigue a *Paraguay* en el orden alfabético, se desglosa en cambio en apenas cinco. La diferencia cuantitativa es notoria. Si además se identifican otras materias como *Guerra del Paraguay* y *Amambay y Maracayú*, más todas aquellas referidas a personajes, episodios o tópicos vinculados con esos escenarios (entre otras: *Amespil, Campamento de Ensenaditas, Cazuela, Ibáñez, Quiguaberás, Siesta, Tembecuá, Tuyutí, Urutaú*) resultará evidente que en 1890, en la edición de la obra que considera una documentación histórica de la sociedad argentina del siglo XIX y el compendio mismo de su filosofía experimental, el gran viajero argentino identificado con las calles y los salones de París subraya, sin embargo, en al menos cinco veces más, episodios, ideas, personas y lugares asociados con Paraguay.

¿Qué lugar ocupa entonces Paraguay en el mundo de Mansilla? Formulo la pregunta porque entiendo que, así como la reciente edición de las *Cartas de Amambay* permite relevar mejor que su vínculo con el país no se limitó a su participación en la guerra de la Triple Alianza (1865-1870), así un nutrido conjunto de artículos muestra que Mansilla encontró allí un territorio en el que desplegar acciones y acopiar experiencias que, de diversas maneras, han sido un impulso para la escritura. Me refiero, fundamentalmente, a lo que llamo "serie del oro", publicada en periódicos de Buenos Aires y de Asunción entre marzo de 1878 y enero de 1879, en el marco de su expedición a las Minas de Amambay y Maracayú, y que, además de las *Cartas de Amambay*, incluye las *causeries* "La cascada de Amambay", "El Sigú", "En chata", "Ñandurocay", "¡Esa cabeza toba!", "El año de 730 días", "Historia de un pajarito", "Tembecuá", "Ciencia" y "Cazuela". Me refiero también a la *causerie* "Los extremos se tocan" que, escrita y publicada recién en 1889 en el diario *Sudamérica*, completa lo que puede llamarse, ya más ampliamente, "la serie de Paraguay". Todas ellas fueron reunidas por Mansilla en los tomos de *Entre-nos*, incluido el sexto que quedó impreso en pliegos y que fue editado recién en 1966 con el título *Charlas inéditas*.

Propongo entonces trazar aquí el posible mapa que conforman estos textos y leer algunos de sus recorridos. Dejaré afuera por el momento los específicamente vinculados con la guerra de Paraguay, en la que Mansilla participó como jefe del batallón 12 de línea, con intervalos entre 1865 y 1868: más allá de referencias puntuales, no incluiré en este mapa las columnas que, con el seudónimo “Falstaff”, publicó en *La Tribuna* (1865-1866) como corresponsal desde el frente (De Marco 2003), ni las numerosas *causeries* – todas ellas escritas y publicadas en el *Sudamérica* entre 1888 y 1890 – en las que la guerra le provee un arsenal de anécdotas. No porque el drama del conflicto bélico no sea de importancia para Mansilla (por el contrario, una y otra vez escribe sobre sus consecuencias de catástrofe para Paraguay) sino porque ese corpus le plantea un específico desafío historiográfico – cómo contar una guerra, más aún, cómo contar *esta* guerra, desde América del sur – cuyo tratamiento excede el espacio de este artículo¹.

Lo que me interesa en cambio ahora es mostrar la historia de una relación en la que la escritura de Mansilla configura a Paraguay como campo de experiencias y escenario de observaciones, y como un territorio que integra en, y a la vez amplía, el mapa de su (el) mundo. Agruparé los textos en dos grandes series. En la primera, me ocuparé de las formas narrativas y de las imágenes ensayadas por Mansilla desde su perfil de pionero y explorador en viaje al “país del oro”. En la segunda, del conjunto de representaciones políticas y culturales sobre el Paraguay pre y posbélico, en el que interviene Mansilla como viajero extranjero, también en los años de posguerra. Como se ve, se trata de textos escritos principalmente a fines de la década del 70. Sin embargo, las continuas resonancias de *Una excursión a los indios ranqueles* de 1870, por un lado, y, por otro, un primer viaje a la Asunción de 1853 contado por el *causeur* de 1889 en “Los extremos se tocan”, despliegan el arco temporal de un vínculo tan intenso como prolongado, en el que Paraguay funciona, también, como una coordenada desde la cual visualizar la torsión de la dicotomía civilización-barbarie e imaginar conexiones con el mundo.

Mi propósito aquí es hacer visible esa cartografía; muchas veces, la argumentación se acotará entonces a la composición de circunstancias y resonancias contextuales.

¹ Como se sabe, aunque se siente apto para la tarea, Mansilla posterga una y otra vez la escritura de la historia de la Guerra de Paraguay y en su lugar publica un conjunto de relatos (“La emboscada”, “La mina”, “Amespil”, “Juan Patiño”, “Juan Peretti”, “Un hombre comido por las moscas”, “Raimundo”, “Romero”), todos ellos reunidos en los volúmenes de *Entre-nos*, incluido el sexto, editado en 1966 por Raúl Kruchowski como *Charlas inéditas*.

Expedición al país del oro

Una década después de su participación en la guerra de la Triple Alianza, Mansilla vuelve a Paraguay para emprender, junto con su socio Mauricio Mayer, la explotación de oro. A mediados de 1877 hace imprimir en Buenos Aires un folleto titulado *Empresa de minerales, cristales y piedras preciosas en las serranías de Amambay y Maracayú* para dar a conocer, a posibles accionistas, tanto los documentos vinculados con la concesión obtenida del Gobierno de Paraguay y las perspectivas comerciales de la empresa como los antecedentes científicos que fundaron la iniciativa y los trabajos que ya había adelantado un equipo integrado por el mismo Mayer, el Coronel de ingenieros Francisco Wisner, que había identificado el potencial aurífero de la región años atrás, y Federico de Scherff, un joven viajero naturalista². La Sociedad Anónima se crea en el Hotel de la Paz de Buenos Aires en julio. De la primera expedición a su cargo, realizada entre diciembre de 1877 y febrero de 1878, Mansilla vuelve con muestras de oro; de la segunda, que entre idas y venidas a Buenos Aires se extiende de mayo de 1878 a enero de 1879, regresa, según informan los diarios que siguen atentamente sus movimientos, con “pepitas de bastante peso”. Los hallazgos, sin embargo, parecen no haber sido suficientes para consolidar un descubrimiento de vetas auríferas que hiciera viable la explotación, y la empresa, blanco de continuos ataques en la prensa argentina y hasta de sospechas de fraude, finalmente fracasa. Mientras tanto, Mansilla había conseguido que el presidente Nicolás Avellaneda lo designara como Gobernador del Territorio Nacional del Gran Chaco, cargo que desempeñó desde el 25 de octubre de 1878 hasta el 15 de mayo de 1879, cuando lo reemplaza Luis Jorge Fontana, secretario general de la gobernación desde 1876 y autor de *El Gran Chaco* (1881).

La doble vertiente en que pueden distribuirse los textos escritos en este contexto es la misma con que Mansilla definía ya la expedición en *Empresa de minerales*. Por un lado, las *Cartas de Amambay*, publicadas en *El Nacional* entre el 26 de marzo y el 14 de mayo de 1878, tienen por objeto dar cuenta de la legitimidad de una iniciativa que desde el folleto de 1877 se presentó como una “empresa industrial grande y seria”³. Por otro, las *causeries* “La cascada de Amambay”, “El Sigú”, “Ñandurocay”, “Tembecuá” y “¡Esa cabeza toba!”, escritas y publicadas entre setiembre de 1878 y enero de 1879, son el resultado, de aspiración ya más claramente literaria, de esa otra gran tarea que el folleto

² Si bien no lleva firma, Mansilla asume la autoría del folleto en *Cartas de Amambay* (Mansilla 2012, 195), donde cita varios de sus pasajes. En adelante abreviaremos como *Empresa de minerales*.

³ Publicadas originalmente como “Cartas del coronel Mansilla. Minas de Amambay y Maracayú”, las di a conocer en 2012 como *Cartas de Amambay*, reuniéndolas en *El excursionista del planeta. Escritos de viaje* (Mansilla 2012). Se citarán por esta edición.

anunciaba como ineludible (en tanto aún debía localizarse el mineral) y en la que fundaba buena parte del valor estratégico de la empresa: una “extensa exploración” de sitios de la República del Paraguay que, aun cuando estuvieran “habitados por indios mansos”, hasta el momento “jamás ha[bía]n sido frecuentados” (*Empresa*, 6). Si en esta serie Mansilla se anima a los cuadros de la naturaleza y a la incursión etnográfica, las *causeries* “En chata” y “Ciencia”, también publicadas en este período, completan la secuencia al modo de *exempla* con lecciones prácticas sobre la empresa.

Capital y trabajo: un Robinson en las minas.

Como ya ha lo he señalado, publicadas en plena apuesta de la empresa, las *Cartas de Amambay* descartan desde el comienzo el formato literario propuesto por la dirección del diario, el *viaje pintoresco al país del oro*, y se proponen en cambio un objetivo preciso: desplegar todos los antecedentes, documentos y credenciales que demuestren que, no obstante el poco éxito obtenido hasta el momento (el texto se extiende en el detalle de errores y obstáculos imprevistos), la firme resolución de continuar no se funda sino en una “convicción científica” tan “arraigada” que Mansilla *no puede sino creer en lo que cree* (Contreras 2012, 24-31). Presentadas como prueba de la legitimidad comercial y científica de la empresa, y fundadas en la premisa de *contar la verdad* en tanto ética del viajero y testigo, las *Cartas* son así enlazadas por Mansilla con su forma de contar en la ya célebre excursión a las tolдерías ranquelinas:

Estas cartas [...] son una debilidad de mi carácter comunicativo. Yo no puedo moverme en silencio. Si voy a los indios cuento lo que he visto. He ido a las minas y estoy contando las peripecias del viaje y de la empresa, y al ponerme en comunicación con el público, le digo francamente lo que ha pasado, lo que pienso, lo que creo, lo que espero.” (Mansilla 2012, 248).

Me interesa ahora llamar la atención sobre esta moral: en ella se afirma tanto el perfil de pionero y emprendedor que Mansilla suma a una figura ya entonces multifacética (“Me he vivido muchas vidas”, dice en la carta 17) como un relato en el que se articulan peripecias y ejemplaridad en torno a la *ética del capital*.

En efecto, para el emprendedor de Amambay se trata en principio de la extracción de la riqueza: “La riqueza está ahí y alguien la ha de sacar”, dice en la primera carta (Mansilla 2012, 126), y “ahí está [el oro] y he de sacarlo, cueste lo que cueste”, dice en la última (Mansilla 2012, 275). Solo que aun cuando la fiebre del oro y los “grandes descubrimientos” de California y Australia, que reseña ampliamente, sean desde luego el contexto global, Mansilla presenta la

expedición como una empresa orientada, siempre y finalmente, a los intereses públicos de la región: una política extractivista que, entiende, podría tener un alto e inmediato impacto en la recuperación de la economía paraguaya de posguerra (*Empresa 1877*, 10-11), pero cuyo impulso, además, debería ser objeto del gobierno argentino que, señala, solo se empeña en fomentar la agricultura⁴.

Es en este marco, creo, que las *Cartas* se apartan del relato de aventuras que podría surgir de la búsqueda del “vellocino de oro” para orientarse, en otro sentido, y de modo predominante, al relato de los esfuerzos, los trabajos y las fatigas que escande una “marcha penosa” pero constante (“Trabajamos cinco días siempre lloviendo”, “seguimos marchando por un camino infernal”) y en el que, mientras se muestra en acción (“yo mismo he *secado* la arena”) y con aptitudes de hombre práctico (“aquí hice yo, que no soy minero, ni geólogo, ni mineralogista, un descubrimiento que hubiera podido hacer cualquier otro hombre observador”), Mansilla exhibe vigor y tenacidad. La atmósfera en las serranías de Amambay no es así la de *Roughing it* (1872) de Mark Twain en el Lejano Oeste sino la de la *industria* (la habilidad, el ingenio, el esfuerzo sistemático) que define el mundo de Robinson Crusoe, que Mansilla recuerda, precisamente, en las minas:

Nuestras provisiones son *cecina*, café, yerba, azúcar, sal, nada más, provisiones que corren parejas con nuestras armas, herramientas y equipo: llevamos dos revólveres, una escopeta y un machete por barba; palas, picos, hachas, dos bateas; y vamos a cuerpo gentil. Robinson tenía menos y lo pasó muy bien con su ingenio (Mansilla 2012, 159-160).

Es la moral del trabajo arduo – que, dice Moretti, es la verdadera novedad del libro de Defoe (Moretti 2014, 48) – en la que desde la primera carta Mansilla enmarca la *aventura del capital*: “¿O no hay acaso gloria también que conquistar en estas batallas incruentas del trabajo que persigue honradamente la fortuna,

⁴Mansilla apoya la idea remitiendo a un artículo de *La Reforma* de Asunción que, como otros del mismo diario y de *El Comercio*, celebraba un proyecto que permitiría “despejar la incógnita” sobre la existencia de minerales preciosos y resolver así “el gran problema de [l]a prosperidad futura” de Paraguay (*Empresa 1877*, 17). Para el impacto de los factores exógenos, como la inmigración y los capitales externos, en el proceso de reedificación de Paraguay en la inmediata posguerra, ver Brezzo 2010, 205-208. Por otra parte, en *Cartas de Amambay* Mansilla reprocha al gobierno liberal argentino su empeño en “fomentar la agricultura y desproteger la minería en un país que tiene minas en Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca y Jujuy, a pesar de los elocuentes ejemplos de Chile, California, Australia, El Cabo y Canadá, donde las minas han desarrollado la agricultura, la ganadería y la inmigración en tan alto grado que la riqueza pública se ha elevado en pocos años a cifras inauditas” (Mansilla 2012, 211).

luchando cuerpo a cuerpo contra los elementos y la naturaleza?" (Mansilla 2012, 126).

Como se sabe, el relato no fue suficiente para su edición en libro, lo que en Mansilla significa, para su conversión en literatura⁵. En breve, sin embargo, el escritor encontrará en ese "áspero campo del trabajo, [...] menos glorioso, si se quiere, que el de la batalla, pero más útil y ejemplar para la civilización y la humanidad" (Mansilla 2012, 275) una *utilidad* a la que finalmente le dará forma literaria. El diálogo socrático con el negro Maceió, que lo traslada por los riachos de la selva ("En chata"), y la conversación con el hijo del paraguayo Ibáñez, el baqueano que contrata en Maracayú ("Ciencia"), son el marco para elaborar la experiencia de la suerte del capital y a la vez para exponer, en el estilo ligero de las *causeries*, un dilema moral ("¿Vale la pena de ser muy rico?") y también una filosofía de vida: la virtud de mantenerse en la determinación de las empresas⁶. Los "mundos de Maracayú" (Mansilla 1963, 443) se convierten así para Mansilla en escenario de una experimentación vital, y los diálogos con un chatero-filósofo y con un "literato-arriero" (Mansilla 1963, 446) son las fábulas morales y las conversaciones escritas que, traídas de las minas, finalmente capitalizan la expedición: la transformación del fracaso comercial en filosofía práctica y lección de vida, mientras un pertinaz empresario trabajador se mantiene "firme en el simón, tinglando, por decirlo así, nuevamente hacia las ignotas tierras" (Mansilla 1963, 363)⁷.

Cuadros, descubrimientos, fantasmas: Mansilla explorador

Pero tal vez la más contundente transformación del viaje al país del oro en capital simbólico se encuentre en los textos que ensayan cuadros de la naturaleza, crónicas de descubrimientos geográficos, e incursiones etnográficas. Los avatares de la explotación minera retroceden a un segundo plano y se trata ahora de exhibir los créditos que Mansilla obtiene allí como *explorador*: sus hallazgos y su capacidad de observación en "tierras vírgenes" pero también su sensibilidad estética ante la naturaleza y ante la humanidad que allí se le presentan. El folleto

⁵ Desarrollé la cuestión del *valor* de *Cartas de Amambay* en Contreras 2012, 24-31. Para otra lectura de las *Cartas* y algunas *causeries* de la serie, a partir del encuentro entre literatura y ciencias naturales, véase Rosas Buendía.

⁶ "En chata" fue publicada originalmente en *La Reforma* de Asunción, 13 y 14 de diciembre de 1878; "Ciencia", en *El Nacional* de Buenos Aires, 14 de enero de 1879. Agradezco a Bárbara Potthast y a Claudio Fuentes Armadans su fundamental ayuda en el acceso a los archivos digitales de *La Reforma* y *El Comercio* de Asunción. En adelante, todas las *causeries* se citarán por su edición en libro.

⁷ Para la decisiva relación entre escritura y filosofía práctica en las *causeries* de Mansilla, puede verse Contreras 2010, 215-218.

de 1877, también varios artículos y editoriales de *La Reforma* y de *El comercio* de Asunción, aludían a la importancia que tendrían las tareas de exploración de la empresa para el relevamiento de terrenos desiertos todavía no frecuentados. No nos consta si los empresarios Mayer y Mansilla entregaron al gobierno paraguayo el plano topográfico y la memoria a los que se comprometieron con la concesión. Pero lo cierto es que en el transcurso de la expedición de la segunda mitad de 1878 el escritor Lucio V. Mansilla, que en 1875 ya había sido reconocido en la Sociedad de Geografía de París por *Una excursión a los indios ranqueles*, publica una serie de artículos entre literarios y cuasi-científicos en los que, siempre según el apartamiento de las reglas académicas que caracteriza su estilo, amplía mapas paisajísticos y geográficos, poblacionales y lingüísticos, mientras ensaya nuevas formas descriptivas y narrativas, en diálogo con geógrafos, naturalistas, y promotores de viajes científicos⁸.

Cuadros. En la carta 12 de la *Excursión*, cuando se detiene a describir los montes del Cuero, Mansilla – que había estado en los campamentos de Tuyutí en 1866 – dice que esos caldenes, chañares, espinillos y gramilla, aunque fresca y frondosa, “no tienen la belleza de los de Corrientes, del Chaco o Paraguay”. El párrafo siguiente revisa, en una larga enumeración, las “esbeltas palmeras”, la “vegetación pujante”, “las aves pintadas de mil colores”, los “abigarrados reptiles”, el “agua siempre abundante”, y “tantas y tantas otras cosas que revelan la eternal grandeza de Dios” y que no se encuentran entre los “carbonizados y carcomidos algarrobos” del Cuero (Mansilla 1984, 60). En 1878, Mansilla explota precisamente ese paisaje en el que ya en 1870 percibía un potencial estético que no encontraba en la pampa. En una operación de algún modo equivalente y a la vez inversa a la política fundacional de Esteban Echeverría, cuando en la “Advertencia a las Rimas” (1837) decía que el desierto argentino es “nuestro más pingüe patrimonio” y que de él es preciso extraer a la vez riqueza y poesía, la política extractivista que a fines de la década del 70 Mansilla propone para las economías paraguaya y argentina es, aunque fallida, la otra cara de la explotación pintoresca tanto del paisaje exuberante como de las alturas vertiginosas que en esos años descubre en selvas, cascadas, picos y serranías.

El “cuadro de la naturaleza” es una de las formas en que Mansilla compone este nuevo mapa paisajístico. Si bien su escenario es la cadena de montañas entre La Rioja y Chilecito, la circunstancia de que se escriba a bordo del vapor y “en viaje para las tierras del porvenir” (Mansilla 1963, 287), y el hecho

⁸ Para una lectura de *Una excursión a los indios ranqueles* como escritura de un Mansilla explorador, es decir, como una experiencia de viaje inscrita en géneros vinculados con la exploración geográfica, y como parte de un conjunto de narraciones cuyo “objeto de deseo” es el reconocimiento y apoyo de las Sociedades de Geografía, ver Louis 2008.

de que su objeto sea el gran panorama, desde la cumbre más alta, del inmenso Valle de Famatina (desde siempre objeto para los buscadores de oro y ya entonces región de explotación minera), confluyen para que “El Sigú” quede integrada en la serie del oro. De todos, este es el artículo más retórico, y, de hecho, la condensación en unos pocos párrafos de los tópicos del género (desde la magnificencia de un paisaje “imponente” de alturas colosales y vertiginosas a expresiones como “tintes nacarados” y “soledad triunfal”), lo convierten en un antecedente del desplazamiento del paisaje argentino de la pampa a los Andes que una década después significará *Mis montañas* (1888) de Joaquín V. González. “Ñandurocay”, en cambio, es notablemente experimental: una escena teatral en la que se alternan diálogos con paisanos y soliloquios de patrón en los puestos de trabajo en Ñandurocay Potrero, y en el que el repaso por una biblioteca compuesta de libros de mineralogía y obras de Shakespeare guiona el viaje y conduce al clímax del relato: el “desposorio” con la naturaleza, compuesto con las notas altas de la tempestad, el estallido, la salida del sol, que Mansilla remite al célebre “Desposorio del Dux de Venecia con el Mar” de Canaletto y deja registrado en su cartera de viaje: “20 de julio de 1878, mañana inolvidable” (Mansilla 1963, 435). En el índice temático de 1889 la “hazaña” tiene una entrada⁹.

Mansilla dedica los dos artículos al entonces presidente argentino Nicolás Avellaneda. Y es Avellaneda, que en esos años promovió los libros de los científicos exploradores y que en el prólogo a *El Gran Chaco* señalará el déficit de *lo pintoresco* en el estilo austero de Luis Jorge Fontana, quien, entusiasmado con la lectura de “El Sigú”, le pide a Mansilla la redacción de una página parecida sobre la salida del sol en Ñandurocay (Mansilla 1963, 436)¹⁰. En “Historia de un pajarito”, publicada originalmente en enero de 1879, Mansilla transcribirá la carta en que el presidente celebra esa página:

Acabé de leer tu último cuadro (*Ñandurocay*). Vas a hacer un negocio con unas usuras judaicas, si a más de hallar verdaderas minas de oro o plata te vuelves con este mundo nuevo de armonías y de imágenes. Yo no viajo; pero quiero flores y pájaros de todos los climas. Sé feliz, escribe cuadros, halla minas, sal del presente y vive en el porvenir (Mansilla 1963, 476).

La articulación entre lo útil y lo bello que define el *viaje pintoresco*, fórmula hegemónica para difundir la exploración por los nuevos territorios de la

⁹ “El Sigú” fue originalmente publicada en *El Nacional*, 4 de octubre de 1878; en nota a pie dice que fue escrita “A bordo del Río Paraná, el 15 de setiembre de 1878”. “Ñandurocay. Tempestad y sol”, fue publicada simultáneamente en *El Nacional*, el 18 de diciembre de 1878, y en *La Reforma*, el 22 de diciembre de 1878.

¹⁰ Para la política de Nicolás Avellaneda en relación con los libros de los científicos exploradores de la década del 70, ver Silvestri 2010, 467-468.

Patagonia, el Gran Chaco y Misiones, que en esos años se iban anexando a la república (Silvestri 2010, 469-471), es precisamente lo que Avellaneda celebra doblemente en el tratamiento estético que Mansilla hace de las montañas riojanas y de las sierras paraguayas, señalando de paso, a meses de las *Cartas de Amambay*, la ganancia compensatoria para el posible fracaso comercial: si obtiene oro o plata, esos “cuadros” serán una *ganancia extra*; de lo contrario, podrán ser, como de hecho lo fueron al ser incluidos luego en los volúmenes de *Entre-nos*, el plus estético que harán valer, finalmente, la expedición.

Ninguna de las dos *causeries*, sin embargo, queda contenida en los límites del cuadro. Porque si bien una cita de Edmund Burke en el epígrafe de “Ñandurocay” las enmarca a ambas en la estética de lo sublime, Mansilla se libera enseguida de la convención para seguir (más en la segunda que en la primera) el ritmo que le es propio: un rápido paso por la retórica del paisaje, en sí acotado, y una expansión en cambio de la historia (con sus personajes, circunstancias, y hasta menú de comidas en guaraní) que rodea el encuentro con la naturaleza.

Descubrimientos. Pero es en “La cascada de Amambay”, el primero de los artículos de la serie en publicarse, donde Mansilla explota científica y literariamente el resultado de sus trabajos de exploración y despliega a la vez, en toda su amplitud, su estilo narrativo. Se trata de una carta dirigida al catedrático Pablo Tarnassi, miembro de la Sociedad Geográfica Italiana, que – dice Mansilla – le había pedido una “descripción escrita” de la cascada por él descubierta el 5 de julio de 1878. Mansilla la escribe antes de volver a Asunción y la envía a *El Plata industrial y agrícola*, que la publica el 10 de setiembre de 1878 con el título “Exploraciones practicadas por el coronel Mansilla en las serranías de Amambay y Maracayú”, en la sección “Minas y Mineros”. La precede de un informe titulado “Notas” y la acompaña con dos dibujos de Carlos Clérice hechos a partir de los bosquejos que el mismo Mansilla levantó en el lugar. El *Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana* da cuenta del descubrimiento de Mansilla, así como de su descripción y de sus dibujos, en el volumen XVI de 1879. Ni el informe técnico ni los grabados fueron incluidos luego en la edición de *Entre-Nos*¹¹.

¹¹ Cuando recoge “La cascada de Amambay” en el volumen II de *Entre-nos*, Mansilla aclara en nota a pie que es una reproducción de una *Revista ilustrada*, y que ahora no incluye la lámina por falta de espacio. La revista era *El Plata industrial y agrícola. Órgano de los intereses materiales de Sud-América*, una publicación periódica que desde 1876 se proponía dar a conocer, por medio de la descripción y el grabado, los nuevos y mejores procedimientos industriales y máquinas agrícolas, como “una intermediación gratuita entre el capital y el trabajo” (Nº 1, 10 de mayo de 1876). Agradezco a Renata Defelice su inteligente asistencia para localizar la publicación original de esta *causerie*.



Figura 1. Grabado en *El Plata industrial y agrícola*



Figura 2. Grabado en *El Plata industrial y agrícola*

Mansilla se afirma aquí en el valor de su descubrimiento. Es cierto que en la publicación original advierte que “estas notas se presentan sin pretensiones científicas y exclusivamente como el resultado de *las observaciones de un espíritu investigador*” (Mansilla 1878, 202, subrayado mío). Sin embargo, el relevamiento del territorio (el conjunto de datos de ubicación, medidas, y características del terreno que, dice, puede ser de interés para toda Sociedad Geográfica, y que repite en el cuerpo de la carta titulado “La cascada de Amambay”) dan la pauta del valor cartográfico que Mansilla le otorga al descubrimiento: la cascada, insiste en las “Notas”, no está marcada en ningún mapa. En este sentido, aunque aquí no levante un Croquis Topográfico, como el que incluyó en la primera edición de

la *Excursión*, ni esté munido de los instrumentos (teodolito, barómetro, aguja de marcar) con los que midió y estudió las seis mil leguas recorridas durante su comandancia de frontera en Río Cuarto (Mansilla 1984, 6, 133), el recurso al lápiz para el dibujo se inscribe en el interés por el registro icónico que preocupaba a un ingeniero demarcador como lo fue Félix de Azara en Paraguay¹². Asimismo, la transcripción de la “magistral” descripción del imponente Salto del Guaira de *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata* (Azara 2002, capítulo IV) no constituye, como lo sugiere en la *causerie*, solo una “estratagema” para suplir la “deficiencia de su pluma” en la descripción; es indicio, también, del interés de Mansilla por legitimar su escritura en el discurso de quien, para la intelectualidad argentina y para Bartolomé Mitre en particular, “con menos ciencia pero con más labor” desempeñó en el Río de la Plata la misma tarea que Humboldt en las regiones equinocciales (Mitre 1873, 2).

Su mismo discurso, como el de Azara ante los grandes saltos, prescinde ahora de la construcción literaria – sublime – del paisaje y aprehende el espacio involucrando su experiencia vital como viajero¹³. Solo que, una vez más, Mansilla imprime definitivamente su estilo más allá de toda convención, y la carta a Tarnassi convierte la descripción de la cascada en un relato cuyas escenas en las serranías de Amambay tienen mucho del acercamiento a los toldos de la *Excursión*: los preparativos y el camino de exploración con asistentes y baqueanos, el encuentro entre tenso y distendido con los indios, el suspenso en torno al ruido que viene del agua y el descubrimiento del salto, y, hallazgo lingüístico-literario entre los hallazgos geográficos, los diálogos entre los tembecuá y los lenguaraces en los que Mansilla transcribe y traduce, con toda precisión, esta variedad de la lengua kaiwá. Mansilla no subraya el valor de su registro lingüístico, pero por primera vez en la literatura argentina, antes que en los cuentos misioneros de Horacio Quiroga y más allá de las incorporaciones léxicas que abundan en otras *causeries* de la serie, los personajes de un relato *hablan* en guaraní, y lo hacen para decir el miedo que les produce el estrépito del agua y para admirarse, junto con el explorador, ante la gran cascada de Amambay: “– ¡Iponaité! (¡qué lindo!)” (Mansilla 1963, 262)¹⁴.

¹² Para la función y valor del *Croquis Topográfico* en la primera edición de la *Una excursión a los indios ranqueles*, ver Salvioni 2015. Para la preocupación de Azara por la imagen como soporte visual de los escritos, más allá de los planos y mapas que levantaba como demarcador, ver Penhos 2005, 196-204, 209-222.

¹³ Para la representación no literaria del paisaje en los textos de los “demarcadores” de la *Expedición a América Meridional* y para la experiencia visual de Azara vinculada con su experiencia personal como viajero, ver Penhos 2005, 154-156 y 204-208.

¹⁴ Utilizo aquí la denominación brasileña (kaiwá) de la lengua, y no la utilizada en Paraguay (paĩ tavytera), solo porque es la que usa Mansilla, cuando revisa la taxonomía de Azara y sostiene que los tembecuá son una parcialidad de los *caiguás* (Mansilla 1963, 344). Agradezco a Cecilia Gimeno,

En “Tembecuá”, que publica unos meses después, simultáneamente en Asunción y en Buenos Aires, Mansilla registra una “palabra” que, subraya, “no h[a] leído en ningún libro escrito, memoria ni manuscrito” (Mansilla 1963, 341)¹⁵. Nuevamente, la perspectiva es la del aficionado con espíritu investigador: sin posibilidades de consulta (está escribiendo desde las serranías, a las doce de la noche), un Mansilla ya *causeur* escribe “sin plan ni método” sobre “lo que [ha] visto u oído, sin querer, cruzando con otros fines extrañas o desconocidas tierras” (Mansilla 1963, 341). Y sin embargo, aun cuando su escrito – dice – pueda no decirle nada nuevo a las “personas versadas en etnología indiana”, Mansilla se muestra aquí conocedor de la edición de 1847 de la *Descripción* de Azara, cuyo capítulo X cita extensamente y cuyos errores tipográficos ejemplifica con detalle (Mansilla 1963, 342-344). Mansilla es ahora etnólogo y lingüista: observa y escucha, enumera y describe, lee y compara, y concluye que resulta llamativo que Azara no incluya el nombre en su clasificación de las naciones indias, siendo que esa denominación deriva “de una notable particularidad”: el cañuto puntiagudo que usan en el labio inferior agujereado (“Tembe, *labios*”, “cuá, *agujero*”). Mansilla, que ha observado de cerca a los *tembecuá* actuales y deja para más adelante el estudio de su organización social, se distingue justamente por ser el único en reparar en esta particularidad.

Ahora, más allá de su valor etnográfico, el registro prepara el hallazgo en el que para Mansilla reside el objeto y, sin dudas, la gracia de la *causerie*: el material resinoso, brillante y traslúcido, del que está hecho el “cañuto” desarrolla una electricidad al tacto igual a la del *ámbar* (*electrón*), según lo descubrieron los antiguos griegos. Remitiéndose a Berzelius, cuyos tratados seguramente consultó en sus estudios sobre el oro, el Mansilla minerólogo recuerda un reciente descubrimiento químico (el ámbar no es un mineral sino una resina vegetal fosilizada), y, de repente filólogo y crítico cultural, extrae de sus observaciones una notable conjetura final: “El *electrón* de los helenos es, quizás, el cañuto de un *Tembecuá*” (Mansilla 1963, 345). Por supuesto, la comparación entre culturas ya fue una práctica en la *Excursión*: el *yapaí* de los ranqueles es, había dicho en 1870, “lo mismo que si dijéramos: *the pleasure of a glass of wine with you*” entre los ingleses (Mansilla 1984, 140). Pero la novedad del ejercicio aquí es otra: Mansilla llega a su conclusión *por medio de* la observación de la cultura material y de la práctica filológica, y no lo hace para relativizar la dicotomía civilización-barbarie

del Instituto de Investigaciones Geohistóricas (CONICET-Universidad del Nordeste), las precisiones sobre la transcripción y traducción que en estas escenas hace Mansilla de esta lengua de la familia lingüística tupí-guaraní. Para el valor del guaraní en los cuentos misioneros de Quiroga, ver Bareiro Saguier 1990; agradezco a Carla Benisz la referencia.

¹⁵“Tembecuá” fue originalmente publicada en *La Reforma*, 29 de diciembre de 1878, y en *El Nacional*, 9 de enero de 1879.

sino para imaginar un puente entre la cultura indígena paraguaya y la cultura griega de acuerdo con una conjetura, que, aunque no lo prefigure, siquiera intuye, impremeditamente, el método de un comparatismo *avant la lettre*.

Como veremos en la segunda parte del artículo, el rápido pero sorprendente ejercicio comparativo de Mansilla deriva en la invitación al lector a ir a comprobar todo lo nuevo que, como el cañuto del tembecuá que él mismo acaba de mostrar, todavía *hay que ver* en Paraguay, para cerrar finalmente con un desafío provocador: “París o el Paraguay. ¡Elegid!”. Sin constituirse en método (de ahí también su tinte extravagante), la triangulación con París amplía igualmente el mapa: no hay allí cosmopolitismo programático ni pregunta humanista por los universales, pero en el mundo de Mansilla, que desde la *Excursión* tiene por horizonte la unidad de la especie humana, Paraguay se convierte en una de las coordenadas clave para un ensayo, heterodoxo y sui generis, de mundialización.

Fantasmas. Dentro y fuera de la serie, “¡Esa cabeza toba!” es una pieza extraordinaria para situar en perspectiva las exploraciones de Mansilla en la región¹⁶. Aunque su objeto no es el estudio de indígenas de Paraguay sino la impresión que le produce el dibujo de una cabeza toba, que Luis J. Fontana había bosquejado en su expedición científica por el Gran Chaco y que acababa de enviarle desde Villa Occidental (sede en ese momento de la Gobernación), el viaje a las serranías de Amambay es un marco inigualable para la puesta en escena de una ensoñación entre filosófica y artística ante una presencia fantasmal¹⁷. Mansilla viene de atravesar el bosque, y es la vez “número cincuenta y cinco” que hace “¡la mismísima jornada estéril!” en su exploración aurífera, llueve a cántaros y está embarrado “hasta los ojos, mojado hasta los huesos, picado por toda clase de bichos” y chorreando “sangre y sudor” en la “fiebre del trabajo”. Es el Robinson de las minas que vuelve a la choza después de una jornada extenuante, y que ahora dispone de sus otras herramientas de trabajo para ponerse a escribir: “Un mal lápiz, unas cuantas hojas sucias de arrugado papel, pobre y endeble techo y opaca luz – he ahí mi ajuar de hoy día 24 de noviembre de 1878, a la hora de ponerse el sol, al pie del cerro de Maracayú” (Mansilla 1963, 215). Lo que resulta de la redacción mental (porque aquí no tiene secretario ni

¹⁶ “¡Esa cabeza toba!” fue originalmente publicada en *La Reforma*, el 18 de diciembre de 1878.

¹⁷ El 12 de noviembre de 1878, mientras Mansilla era Gobernador del Chaco, el arbitraje internacional del presidente de los Estados Unidos, Rutherford Hayes, falló a favor del Paraguay la posesión del área del Chaco Boreal delimitada por los ríos Paraguay, Pilcomayo y Verde, en litigio desde la guerra de la Triple Alianza. Villa Occidental fue entregada oficialmente por Argentina al Paraguay el 14 de mayo de 1879. Al día siguiente, Luis J. Fontana asume como gobernador en ejercicio, en reemplazo de Mansilla.

dicta) es una suerte de asociación de pensamientos “fugaces”, “embrollados” y “dispersos”, hilvanados por la frase “¡Esa cabeza toba!” que escande el texto como un estribillo. “¿Por qué – se pregunta – me subyuga ese ojo melancólico? [...] Me hace el efecto del filo de un cuchillo mirando fijamente en la oscuridad, *me hipnotiza*” (Mansilla 1963, 216-217, subrayado suyo).

Mansilla dedica el texto al explorador y coleccionista argentino Francisco P. Moreno y expresa en él su entusiasmo por “la constancia y la observación precoz” que están llevando adelante los “espíritus privilegiados” de Estanislao Zeballos, Ramón Lista y el mismo Luis J. Fontana. Entonces, ¿qué dice la impresión que le produce “esa cabeza toba” en el contexto de las expediciones científicas antes y después de la Campaña del Desierto de 1879? Esto es, ¿qué dice, anticipadamente, ya que sus textos se editarán poco tiempo después, en el contexto de la “cosecha de cráneos” que los jóvenes expedicionarios y naturalistas argentinos exhumarán, sin inhibición ante la profanación, para los museos antropológicos que están fundando y abasteciendo? Como se lo refiere en la carta, que Mansilla cita, el dibujo de Fontana es una copia del natural tomada momentos antes de que la cabeza fuera separada del tronco, “cuando aún palpitaba la carne y resonaba en [su] oído la voz valiente y sonora que, dominando entre el estruendo de las armas y el ardor de la pelea, retemplaba el espíritu de los indios” (Mansilla 1963, 217); antes, además, de desecar él mismo el cráneo, que luego presentaría en la Exposición de la Sociedad Científica y enviaría al Museo Antropológico de Moreno¹⁸. La mirada hipnotizada de Mansilla se sitúa precisamente en ese filo. Porque si lo que subyace en la escritura de *Viaje a la Patagonia Austral* (1879) de Moreno y *Viaje al país de los araucanos* (1881) de Zeballos es, como dice Fermín Rodríguez, el despojamiento de vida, esto es, una mirada museificante que confunde cráneos con utensilios y convierte a la pampa en naturaleza muerta (Rodríguez 2010, 127-129, 402-403), la mirada de Mansilla, que a esa cabeza toba “no la [ve] muerta”, es en cambio una mirada interpelada por la expresión “varonil y salvaje” de un guerrero, “que no es la del vivo, que no es la del muerto tampoco”, una mirada subyugada por la vida palpitante que el arte inspirado de Fontana – dice – supo imprimir en el bosquejo: ese “último imperceptible espasmo de agonía” que a Mansilla le recuerda, además, la atmósfera invisible que “anima” al mármol en la estatua del *Gladiador muriendo* (Mansilla 1963, 217)¹⁹. La imagen del cráneo vuelve en el final de la

¹⁸ Se refiere al Museo Antropológico y Arqueológico de la Provincia de Buenos Aires, formado con las colecciones donadas por Moreno en 1877. La lámina de la cabeza toba sería luego incorporada por Fontana en la Portada de la edición de *El Gran Chaco*.

¹⁹ Copia romana de una escultura griega helenística (S. III a. C.), el *Gladiador muriendo* es célebre por la expresión y el realismo con que representa lo aguerrido en el combate, antes de morir. Era una visita obligada del Grand Tour y Lord Byron escribió sobre ella en *Childe Harold's Pilgrimage*.

causerie, cuando Mansilla recuerda el análisis craneoscópico que se había hecho hacer en su viaje de juventud, en Londres, por el famoso frenólogo Donovan y fantasea con una promesa: dejarle a Moreno su propio cráneo desecado para que sea colocado, en su museo, *al lado* de la cabeza toba, y sirva, finalmente, para el estudio de la naturaleza humana.



Figura 3: "Cabeza de un guerrero toba". Litografía de H. Simón. Portada en *El Gran Chaco* de Luis J. Fontana.



Figura 4: Gálata moribundo o Gladiador muriendo. Detalle de la cabeza y el torque.

No pretendo idealizar la frenología del dandy cosmopolita como desplazamiento de la craneometría de los viajeros científicistas: la operación de Mansilla es un clásico del arte de embellecer las civilizaciones que desaparecen. Menos aun pretendo desconocer la *Memoria del Gobernador de los Territorios del Chaco* (mayo de 1879) donde Mansilla, que propone un plan de establecimiento y desarrollo de colonias en el Chaco central, incluida la reducción de indios en misiones para la obtención del "concurso de sus brazos", plantea también en un escueto párrafo final, y mientras el General Julio A. Roca conduce la Expedición del Desierto hacia el Río Negro, nada menos que la opción del exterminio. Resulta notable, en este sentido, la gran y doble operación de estetización que implica el cuadro y la ensoñación escrita de "Esa cabeza toba!": los tembecuá, que el folleto de 1877 identificaba como "indios mansos" y "morales", aptos para sumarlos a la colonización en las serranías de Amambay (*Empresa* 1877, 6), se vuelven, siguiendo ahora los prejuicios de Azara, "pusilánimes y degenerados" (Mansilla 1963, 217) para mejor resaltar un contraste con los tobas; y los tobas de

la *causerie*, que la *Memoria* informará en breve como indios errantes y desamparados, inteligentes y vigorosos para el trabajo agrícola pero también potenciales depredadores, aquí llevan inscriptos en el cráneo tal “valor y combatividad” que el escritor-etnógrafo “comprende” que “los valientes conquistadores no pudieran jamás sojuzgar nación tan aguerrida” (Mansilla 1963, 218). Esta doble transformación (de los mansos en pusilánimes y de los fuertes en valerosos) es a la vez el marco para una nueva operación de mundialización desde la coordenada paraguaya. Porque es también notable, finalmente, que en el texto en que celebra la utilidad de los trabajos de los expedicionarios científicos que le son contemporáneos, el explorador Mansilla en los territorios del Chaco y Paraguay escriba la conmoción del pensamiento ante el filo entre la vida y la muerte (otra forma de lo sublime) y sitúe esa impresión en un mapa cultural ampliado que, desde las serranías de Maracayú, enlaza el cráneo del cosmopolita con la cabeza toba en el Museo Antropológico de Buenos Aires, la cabeza toba dibujada por un geógrafo argentino con la antigua escultura griega, y el cañuto del tembecuá con el electrón heleno.

Antes y después de la guerra: Paraguay entre el infierno y el paraíso

“¿Existe o no el Paraguay?”

El cientificismo de “aficionado” desplegado en el viaje exploratorio a las minas se trastorna de manera significativa en “Historia de un pajarito”, la pieza más controversial entre las *causeries* escritas desde Paraguay²⁰. Mansilla recurre una vez más a la idea de ciencia en el sentido laxo de “conocimiento de algo”, esta vez para someter a prueba las imágenes contenidas en el conocido estribillo de “Nenia”, la popularísima elegía de 1871 con la que Carlos Guido y Spano cantó al Paraguay devastado por la guerra: “¡Llora, llora urutaú / en las ramas del yatay, / ya no existe el Paraguay /donde nací como tú- / llora, llora urutaú!”²¹. Mansilla propone interrogar: ¿es bello el urutaú?, ¿llora?, ¿tiene ramas el yatay?; dy, convertido ahora en viajero naturalista por su capacidad de observar “un poco” la naturaleza, dice encontrarse en “aptitud de contestar”. En efecto, atendiendo al pedido de la carta de Avellaneda que cita precisamente en este texto (“Yo no viajo; pero quiero flores y pájaros de todos los climas”), en las sierras de Amambay Mansilla se vuelve ornitólogo y botánico por un rato (“Me

²⁰ Publicada originalmente como “Carta a su hija María Luisa”, en *El Nacional* el 3 de enero de 1879, Mansilla titula la *causerie* “Historia de un pajarito” cuando la incluye en *Entre-nos*.

²¹ A través de recitaciones escolares y de la composición musical de Luis Bernasconi (a la que Mansilla se refiere también en la carta), la popularidad de la canción fúnebre de Guido y Spano, recogida originalmente en *Hojas al viento* (1871), se mantiene hasta hoy.

puse, pues, a buscar pájaros, y [...] poco tardé en poseer una colección”), y desde una práctica científica sui generis (se trata de hacer “un poco de ciencia en familia”) pero asumiendo también la perspectiva de la “ciencia descarnada tal cual se la cultiva en este siglo de análisis” (“He podido estudiar [el urutaú] de cerca, observar sus costumbres”), pone en cuestión la imaginación que “embellece” y “sublima” y que sin embargo – dice – es “tanto o más falaz que el corazón” (Mansilla 1963, 474-475). En línea con las refutaciones de la *Excursión* al paisaje idealizado de la pampa que propusieron los poetas románticos argentinos (Mansilla 1984, 55), “Historia de un pajarito” se propone refutar con precisas descripciones naturalistas las mentiras de la fantasía (el urutaú, de cabeza deforme, decididamente no es bello; su voz no es un canto dulcísimo sino “apenas un canto monótono y fastidioso”; el yatay no tiene ramas), mientras ajusta los conceptos poéticos de lo bello y lo sublime desde la perspectiva de “la belleza moral”.

Ahora bien, resulta evidente que, a pesar del humorismo y del tono familiar de la carta (el artículo se escribe como una carta a su hija María Luisa e invoca desde el comienzo la estrecha amistad que lo une al poeta como a un hermano), no se trata simplemente de la corrección entre irónica y realista de una poesía tardo romántica. Quiero decir, la corrección no puede producir el mismo efecto, en la lectura, que la del conocido poema sobre el ombú de Luis Domínguez, que Mansilla ya había hecho implícitamente en la *Excursión* y sobre el que aquí vuelve. Y es que, más que a paisajes idealizados, la discusión del poema de Guido y Spano conduce centralmente a la destrucción que la guerra de la Triple Alianza significó para Paraguay. “¿Existe o no el Paraguay?”: el último interrogante de “Historia de un pajarito” propone revisar no ya la flora y fauna paraguayas sino la evidencia histórica que llora el poeta. Y en la interpretación de esa evidencia reside, desde luego, todo el sentido a la carta.

En el mismo tono cordial que les garantiza la estrecha relación personal, Guido y Spano, uno de los críticos más conspicuos y radicales de la guerra, contesta con una carta que también publica *El Nacional*, a los cuatro días²². Pasando por alto la discusión pseudo-cientificista que ensayó humorísticamente Mansilla, Guido va a la “raíz” de la cuestión que, dice, es necesario buscarla “en el vasto cementerio de una nación sacrificada”: no fueron, aclara, pájaros ni plantas lo que vio la joven paraguaya del poema en su canto sino “ruina y desolación”. Y aunque Mansilla pretenda que el Paraguay existe solo “porque allí está él”, lo cierto – prosigue el poeta – es que “el Paraguay quedó bien muerto” y mejor sería que, en lugar de buscar oro, de coleccionar pájaros y de

²² Para su firme oposición a “la singularidad monstruosa del Tratado de la Triple Alianza” y su crítica a la conducción de la guerra por Bartolomé Mitre, ver *El gobierno y la Alianza* (1866).

volver con “un mundo nuevo de armonías y de imágenes”, Lucio ayudara a hacerlo visible para colaborar en su resurrección (Guido y Spano 1879). Como se ve, además de cuestionar la expedición del oro, que encuentra indigna de un coronel de infantería, y además de invitar a Mansilla a convertirse en explorador de regiones ignotas tal como fue valiente explorador en la Pampa (evidentemente Guido no había leído “La cascada de Amambay”), la carta del autor de *El gobierno y la Alianza* (1866) es también un cuestionamiento de la palabra de un presidente que, como si fuera posible olvidar la devastación de la guerra, incentiva a su gobernador en el Chaco a volver de Paraguay con réditos dinerarios y simbólicos.

La frivolidad de Mansilla queda en evidencia: “nunca te he visto ni más afable ni tan bellamente extravagante”, dice Guido y Spano. No obstante, y como veremos enseguida, la convicción de que la guerra de Paraguay dejó un país diezmado es recurrente en las *causeries* de 1888-1890, y ya en 1870, como veremos, la *Excursión* afirmaba la misma evidencia que llorará el poema de 1871. ¿Cuál es el sentido, entonces, que podría tener el juego de Mansilla en 1878? O bien, ¿cómo leer esa extravagante intersección entre el Paraguay de la guerra (el de la elegía) y el Paraguay que Mansilla ahora describe como un país lleno de vida? En este sentido, es preciso leer también lo que sigue al escándalo de relativizar la “existencia” de Paraguay: en el final de “Historia de un pajarito”, citando el prólogo de René de Chateaubriand a *Atala*, Mansilla dice comprender finalmente que el llanto que Guido y Spano pone en boca de la joven paraguaya haya tenido el “designio de embellecer”, porque efectivamente – agrega – “este país es magnífico: cielo, luz, vegetación, clima, producciones, hombres, mujeres, todo convida a visitarlo” (Mansilla 1963, 478). Una vuelta final en la *causerie* que es, creo, menos la recuperación literaria de la canción que la afirmación, en 1878, e indudablemente en el contexto pos-bélico de la “reconstrucción”, de un vínculo propio, divergente y a su modo también político, con un Paraguay que ahora presenta como un país lleno de vida que invita a visitar²³.

“El Paraguay no existe”

En 1980, en “Lucio V. Mansilla y el Paraguay”, el escritor y crítico paraguayo Hugo Rodríguez Alcalá objetaba precisamente la perspectiva frívola, en todo caso poco seria, con que un militar que había participado en la guerra de la Triple Alianza y que había mostrado dotes de observador en la *Excursión*, se permitía describir la vida del Paraguay de 1878 – describir, por ejemplo, la alegría

²³Desde la solicitud de la Concesión al gobierno de Juan Bautista Gill en 1876, la empresa de Mayer y Mansilla se desarrolló en el contexto del proceso de reedificación de Paraguay en la década del 70 y en particular durante las presidencias de los llamados “militares lopistas” o “reconstructores” (Cándido Bareiro y Bernardino Caballero). Para este proceso, ver Brezzo 2010.

de las mujeres cargando naranjas en el muelle de Villeta – como si desconociera el estado de devastación en que había quedado el país (Rodríguez Alcalá 1987, 207-208). Probablemente, para Rodríguez Alcalá, la ligereza que percibe en el ánimo general de la escena sea más decisiva, en su rechazo de la actitud de un Mansilla que escribe desde Asunción sin referirse a su saqueo por las tropas aliadas, que el hecho de que en esa misma *causerie*, “Cazuela”, el escritor dijera también que Villeta, “aldea floreciente en otro tiempo”, ya no era la misma porque, “como dijo el poeta argentino, ‘vino la guerra y su saña no ha dejado nada en pie’” (Mansilla 1963, 244). Como se ve, también en “Cazuela”, escrita evidentemente en el mismo período que “Historia de un pajarito”, Mansilla citaba el poema de Guido y Spano, solo que eligiendo aquí los versos que, sin metáforas, referían la verdad de la historia²⁴.

Lo mismo había afirmado en *Una excursión a los indios ranqueles*, en la carta 10, publicada en *La Tribuna* el 3 de junio de 1870. Mansilla emprende allí una irónica revisión de las ventajas de la civilización, que enseguida desemboca en una crítica de la guerra como medida de la barbarie que la misma civilización puede llegar a justificar en nombre de la libertad: “Te asombrarías – le dice a Santiago Arcos – si volviesses a estas tierras lejanas y vieras lo que hemos adelantado. [...] La civilización y la libertad han arrasado todo”. Es precisamente en el transcurso de esta argumentación, en la que ironiza sobre la política impiadosa de la libertad y del progreso (librar una guerra y destruir un país con el pretexto de liberarlo de la tiranía), que Mansilla afirma, de modo contundente: “El Paraguay no existe”. En junio de 1870, entonces, a poco de finalizado oficialmente el conflicto con la muerte de Francisco Solano López, el 1º de marzo, en Cerro Corá, y aun cuando siempre haya suscrito la idea, compartida entre quienes apoyaban la confrontación con el “tirano”, de que fue el mariscal quien provocó el conflicto, Mansilla pone en entredicho la idea de que la guerra pueda servir como método civilizatorio para librar a un pueblo de la barbarie (como se sabe, el argumento más firme y recurrente entre los argentinos que apoyaron la guerra) y afirma la evidencia extendida, en cambio, entre críticos y detractores de la Triple Alianza, como el mismo Guido y Spano²⁵. Lo hace, además, sin

²⁴ La tercera estrofa de la canción de Guido y Spano dice: “En el dulce Lambaré / feliz era en mi cabaña;/ vino la guerra, y su saña / no ha dejado nada en pie / en el dulce Lambaré”.

²⁵ Las críticas de Mansilla a la locura y al despotismo de López, que pueden encontrarse en la correspondencia de Falstaff (De Marco 2003), comparten los juicios negativos sobre el mariscal, extendidos en la prensa argentina. Sobre las representaciones de Paraguay en Argentina durante la guerra, ver Baratta 2014. En cambio, el registro del desastre humanitario en la *Excursión* en esos años acerca, siquiera parcialmente, el discurso de Mansilla al de los opositores a la Triple Alianza como Juan B. Alberdi y Carlos Guido y Spano. Para una lectura que enfatiza la falta de compromiso político de las *causeries* de Mansilla en la elaboración literaria de la Guerra de

ambivalencia, registrando con números precisos el núcleo del drama poblacional, que, como se sabe, se constituyó inmediatamente en uno de los signos claves de la magnitud de la hecatombe: “La última estadística después de la guerra arroja la cifra de ciento cuarenta mil mujeres y catorce mil hombres” (Mansilla 1984, 51).

La trascendencia de “esa gran guerra que es, en la historia moderna, el más lúgubre acontecimiento, bajo el horroroso mar de sangre derramada” (Mansilla 1963, 502) volverá a ser tratada, veinte años después, en las *causeries* publicadas entre 1888 y 1890 en el *Sudamérica*. Pero en 1870, en la proximidad de Cerro Corá, la *Excursión* es la plataforma para poner en escena el drama de inmediato, de un modo por completo diferente a como lo había hecho desde el frente como corresponsal. Después de la historia del cabo Gómez, nada menos que el primer cuento de fogón transcrito en la *Excursión* (cartas 5 a 8) y el primer relato de Mansilla sobre la guerra de Paraguay (anticipa todos los tópicos de las *causeries* sobre la guerra de fines de la década del 80), e inmediatamente después de afirmar que “el Paraguay no existe”, la carta 10 sitúa la guerra de la Triple Alianza en serie con la “guerrita” que ahora, en esos meses de 1870, Sarmiento emprende en Entre Ríos contra la montonera de Ricardo López Jordán, pero también, y sobre todo, con la guerra exterminadora contra el indio, de la que el propio viaje de Mansilla, emprendido a los toldos ranqueles para firmar un tratado de paz, quiere diferenciarse: “verás”, le dice a Santiago Arcos, que estas cosas [la guerra de Paraguay, la “guerrita” con la montonera] “se relacionan bastante, más de lo que parece, con los indios”, y enseguida pregunta: “¿No hay quien sostiene que es mejor exterminarlos, en vez de cristianizarlos y utilizar sus brazos para la industria, el trabajo y la defensa común?” (Mansilla 1984, 52).

En las primeras cartas de la *Excursión*, entonces, a poco de Cerro Corá y antes siquiera de cruzarse con el primer indio en su marcha tierra adentro, Mansilla dice que tanto la guerra de la Triple Alianza como la guerra de frontera implican finalmente la muerte de los pueblos. Bajo la forma de una advertencia biopolítica (que transforma la alarma económica malthusiana, sobre la que había ironizado en la carta, en advertencia histórica y cultural), la frase “el Paraguay no existe” es un temprano y fuerte pronunciamiento del coronel Mansilla. La conexión de esa devastación con el exterminio indígena, el relato de la *Excursión* la pondrá luego en boca del cacique Mariano Rosas cuando, en la carta 40, valiéndose del propio archivo en que reúne los recortes de *La Tribuna* anunciando el trazado del ferrocarril, el mismo indio desenmascare la falacia del discurso pacifista de Mansilla y anuncie: “No hermano, si los cristianos dicen que es mejor acabar con nosotros” (Mansilla 1984, 223).

Paraguay y sus consecuencias, por contraste con las denuncias de los argentinos Juan B. Alberdi, Carlos Guido y Spano, Juan María Gutiérrez y Olegario V. Andrade, ver Rodríguez Alcalá 1987.

“Después de París, la Asunción”

La lúdica y extravagante discusión de “Nenia” no debiera leerse, entonces, como un mero olvido de la hecatombe ni como desconocimiento de la conclusión que había afirmado ocho años antes en la *Excursión* sino, en otro sentido, como la postulación de un vínculo con un Paraguay que Mansilla, evidentemente en diálogo ahora con un conjunto de tópicos sobre el país, visualiza hacia fines de la década del 70, en los años de la posguerra, pero que además inscribe, como veremos, en un relato autobiográfico de larga duración. Junto con “Historia de un pajarito”, las *causeries* “El año de 730 días” y “Cazuela”, también escritas entre 1878 y 1879, introducen una nueva secuencia de imágenes y materiales²⁶. El diálogo con las representaciones extendidas sobre el país es evidente; lo que me interesa situar es el marco en el que Paraguay emerge como el territorio de una experiencia que la literatura de Mansilla, que nunca suscribe la negatividad despectiva de muchos de esos juicios, procesa desde su filosofía vitalista y transforma en génesis de una *excursión* a las afueras de la “civilización”.

Testigo de las “inocentes sensualidades” que prolongan las siestas y de los bailes públicos que acortan la noche, en las “páginas humorísticas o serias” (así las describe) de “El año de 730 días”, Mansilla se propone demostrar que, contrariamente a la tesis de Ralph Waldo Emerson sobre los climas fríos que contienen “más civilización”, en el clima tórrido de Paraguay “se vive más” porque porque la siesta divide (y multiplica) el día en dos, y sobre todo porque el calor, con sus “suavísimas fruiciones”, “contiene más vida” (Mansilla 1963, 204). Para el Mansilla que ahora escribe desde la perspectiva del viajero extranjero, una de las atracciones de ese “género de vida” se encuentra en las fiestas en las que el pueblo paraguayo “canta y baila mucho [...] con muchísima gracia” y sobre todo en los bailes de *quiguaberás*, en que las mujeres del pueblo, con sus peinetas doradas y sus *tipoi*, bailan con todo encanto “para el extranjero”. A esos bailes, subraya Mansilla ya sin ironía, “no hay ninguno que asista *impasible*” (Mansilla 1963, 203), y todavía en 1889 “siesta” y “*quiguaberás*” son dos de las entradas del índice analítico de *Entre-nos*²⁷. Escrita “después de una comida

²⁶ “El año de 730” días fue publicada simultáneamente en *La Reforma* (19 de diciembre de 1878) y *El Nacional* (8 de enero de 1879). Hasta el momento no he podido localizar la publicación original de “Cazuela”. Faltan varios números de *La Reforma* en los archivos disponibles en la Biblioteca Nacional del Paraguay y en la de la Universidad Católica. La nota a pie que Mansilla agrega en la edición de *Entre-nos* (“Esto fue escrito en la Asunción”) y la alusión a sus traslados periódicos en ese momento permiten conjeturar que pudo haber sido publicada en *La Reforma* en los meses próximos a su llegada a Asunción en setiembre de 1878.

²⁷ Para la figura popular de la *kyguá-verá* (denominadas así por el adorno de la peineta dorada), y sus distintos sentidos – prostituta para algunos, modelo de las paraguayas bellas y alegres pero honestas para otros, símbolo del país para los nacionalistas que después de la guerra pusieron de

(y medio bebido)", "Cazuela" parte de observar las "ventajas fisiológicas y psicológicas" del café, que toma en cantidades en Asunción, y de la frescura de las naranjas paraguayas, para extenderse luego en la gran escena de las mujeres acarreadoras en el muelle: una escena en la que al pintoresquismo de la descripción (las *tipas* cónicas en que llevan hasta cien naranjas en la cabeza, las idas y venidas por el puente) y a la observación social (la pobreza de las trabajadoras) le sigue el detalle de las risas y cantos, cuyas agudezas sexuales podrán "saborear" mejor quienes entienden esa lengua de "doble sentido" que, dice Mansilla, es el guaraní. Mansilla se detiene además en las insinuaciones que "hay que ver" bajo los pliegues de los *tipoi* y en los "ojos llenos de lubricidad" del hombre (de Cazuela, ¿de Mansilla?) que siguen "el vaivén de aquella comparsa infatigable y voluptuosa" (Mansilla 1963, 245). El último párrafo, el "principal", está dedicado a la mujer que le pidió el divorcio a Cazuela, el empresario italiano, y que parece "una amazona sargento 1º del tiempo de López, capaz [...] de gobernar con firmeza una ginocracia turbulenta" (Mansilla 1963, 246).

Entre el humor y el colorido del cuadro de costumbres, la perspectiva de estas dos *causeries* es la del visitante extranjero que en 1878 goza en un país que encuentra tan hospitalario y agradable para vivir como cálido y sensual. En este sentido, aunque las circunstancias en que se escriben y publican sean las de la expedición del oro, su marco de referencia es, claramente, el tópico del "país de las mujeres" con que Paraguay era conocido en Europa y en América después de la guerra de la Triple Alianza y en el fin de siglo (Potthast 2011, 179). Expresión del extraordinario desbalance demográfico producto de la guerra, aunque producto también de la importante función que tuvieron las mujeres paraguayas en la economía de subsistencia y comercio al menudeo (Potthast 2011, 108-143), el tópico, como lo ha demostrado extensamente Bárbara Potthast, era recurrente en los relatos de los viajeros extranjeros por el Paraguay de posguerra: en ellos, la llamativa superioridad de las mujeres en los espacios públicos se describía positivamente (belleza, limpieza, laboriosidad) aunque aludiendo a su vez a cierta relajación de la moral sexual (Potthast 2006, 100-101); también era frecuente en ellos el estereotipo de la mujer que "gobierna" en el pueblo paraguayo (Potthast 2015) y abundaban, además, para referirnos a un ejemplo que aquí nos interesa, las escenas idílicas o pintorescas como la carga de naranjas en los barcos para la exportación (Potthast 2011, 352). Claramente, la vitalidad que Mansilla describe en los bailes públicos y en los muelles se nutre de ese conjunto de

relieve las singularidades paraguayas, siempre muchachas de los estratos bajos -, ver Potthast 2011, 192-198. Aunque pone el énfasis en su seducción y encantos naturales, la imagen de Mansilla no asocia a la kygua-verá con la prostitución. Para la importancia de los bailes según las distintas clases sociales y espacios, que Mansilla describe, ver Potthast 2011, 329-335.

imágenes, aunque también les imprime un sello propio: la historia personal en la que conjuga el humor y la filosofía experimental (aquí, los placeres del cuerpo como higiene) característicos de sus *causeries*. Testimonios de la visión de un viajero argentino en el Paraguay de la segunda mitad de los años 70, ambas *causeries* merecerían sumarse a ese corpus de relatos de viajes²⁸.

Ahora, Mansilla dice que esos estímulos para el cuerpo se traducen, a su vez, en inspiración para su literatura: “Llegar a Paraguay y venirme la inspiración – la comezón de escribir – es todo uno”, dice la primera frase de “Cazuela” (Mansilla 1963, 241). Un espacio de vitalidad, entonces, y un estímulo para la escritura: todo eso es Paraguay para el Mansilla que escribe en 1878. Notoriamente, lo será también para el que vuelve a recordar su juventud a fines de la década del 80. “Los extremos se tocan”, una *causerie* que escribe recién en 1889 (la publica en el *Sudamérica* el 31 de diciembre) y que había incluido en el tomo VI de *Entre-nos* que quedó sin editar, revela la historia del vínculo. Mansilla habla aquí del Paraguay “de entonces”: no solo el “de antaño” que “ya no es” (y que añora en otras *causeries* como “¿Es usted paraguayo?” o “En chata”), sino aquel en el que estuvo *por primera vez* y en el que vivió, cuando “era muy joven”, en 1853, junto con su amigo Emilio Quevedo. La nostalgia de Mansilla por aquel país puede contextualizarse, otra vez, en el conjunto de representaciones circulantes en el Paraguay de posguerra. Pero una escena de la *causerie* tiene, además, importantes resonancias en su literatura.

Las imágenes con que Mansilla describe ese “Paraguay originario” (un “país delicioso” en que un “soplo patriarcal parecía vivificar” a los habitantes que moraban, todos, “en paz, alegres, contentos”) desde luego no están anticipando, aunque parecieran hacerlo por referirse al estado de la población en la década del 50, el “mito de la edad de oro” con el que la corriente nacionalista del 900 revalorizó la república de antes de la guerra (Telesca 2016). Su objeto no es en absoluto reivindicar la prosperidad económica, militar y cultural del gobierno de Carlos Antonio López (1840-1862). En otro sentido, parecen en principio estar discutiendo con el tópico peyorativo de la ignorancia y del atraso del pueblo paraguayo, tan arraigado entre la elite argentina para legitimar la

²⁸ Hay otro aspecto importante en el perfil del Mansilla en estas *causeries*. La escritura de “El año de 730 días” “a pedido” del “distinguido” Próspero Pereira Gamba y de Leopoldo Gómez de Terán, autores ambos del *Compendio de Geografía e Historia del Paraguay* que se editaría en 1879 y se enseñaría en las escuelas, y la dedicatoria de “Cazuela” a su “noble amigo el Barón da Passagem” (marino brasileño que quebró la resistencia del fuerte de Humaitá en la Guerra, y luego comandante en jefe de las fuerzas navales del imperio en Paraguay), dan la pauta de que quien escribe, y publica, en 1878 en la sección “Literatura” de *La Reforma* de Asunción (diario editado por José Segundo Decoud, legionario y liberal con simpatías argentinas), es un exmilitar de las fuerzas aliadas pero también un visitante asiduo vinculado con la elite intelectual y política de Asunción.

guerra de la Triple Alianza como contienda civilizadora que lo liberaría de la tiranía (Baratta 2014, 42-45, 50). Es cierto que puede haber cierta ironía en la exagerada idealización: “una república de Platón iletrada” en la que la inmensa mayoría creía en el bien y en la belleza, pero en la que, a la vez, “de libertades políticas o sociales no entendían una palabra” (Mansilla 1966, 33-34). Pero en el discurso de Mansilla, que sigue entrecomillando la “libertad” obtenida como “premio” luego de la calamidad de la guerra, la ironía negativa y la sanción siguen estando del lado del innecesario “copioso derramamiento de sangre...entre hermanos” (Mansilla 1966, 31, 34). Y en el contexto de su visión sobre Paraguay, la imagen apunta más bien a ponderar el conjunto de “costumbres, usos, modos de ser” que “merecería un estudio trascendental” (Mansilla 1966, 34) y que, extendido en la cultura paraguaya de entonces, para el gentleman *causeur* que suele rechazar las “civilizaciones importadas” cuando afectan las fisonomías nacionales (Mansilla 1963, 355), tiene el valor de resistir a “la chafalonía de hoy”:

¡Ah! Señores, ¡qué país tan interesante aquél, en aquel entonces! ¡Un país en el que la gente se lavaba mucho, se vestía poco, y se mantenía solo con chofes, naranjas y maíz! Que no ofrecía todavía el cuadro desconsolador de un país corrompido, antes de haberse civilizado (Mansilla 1966, 37).

Ahora bien, resulta evidente también que la imagen postula un estado de naturaleza y de inocencia. Un “Paraíso terrenal” en el que los extranjeros – y este es el nudo de la *causerie* – “lo pasaban a las mil maravillas”: como Mansilla mismo, casi sin vestirse, apenas “con un alto sombrero de paja tomando fresco”, trotando a la inglesa “en un overo rosado” mientras lo seguían “muchachos y muchachas tan [poco] vestidos como él” (Mansilla 1966, 35). En esto, sin dudas, Mansilla no hace más que inscribirse en la tradición de los viajeros modernos que, como lo demuestra Leila Gómez (2009), proyectaron sobre Paraguay la imagen de una arcadia edénica de pureza y simplicidad. Una vez más, sin embargo, su proverbial heterodoxia crea un imagen única y personal. Porque la de Mansilla en “Los extremos se tocan” no enfatiza tanto la arcadia inaccesible, esa imagen intensificada por la impermeabilidad económica, política y militar de un Paraguay aislado y de difícil acceso (Gómez 2009, 107-146), como el enclave de un “país delicioso”, ubicado en un tiempo y espacio muy próximos (la Asunción prebélica de la década del 50), donde el Mansilla de 1889 ubica nada menos que su primera *excursión*. Cito la secuencia final del texto:

Con razón Emilio Quevedo, después de una excursión a Luque, aldea circunvecina, donde celebraban la fiesta de una santa muy milagrosa – fiesta en la que él y yo nos *mezclamos* a la criolla, pasando unos cuantos días tan alegres

como debieron pasarlos los que estuvieron en las bodas de Camacho –, con razón, repito, me decía aquel inolvidable amigo, recordándome los nombres de las *loretas* célebres de París, que no tenían por cierto, ni la flexibilidad, ni la gracia natural, ni el donaire, ni la esbeltez típica ni el desinterés de las mulatillas paraguayas, que envueltas en una cabellera de ébano hasta el tobillo parecían mujeres de la Biblia:

– Lucio, convéncete; después de la Asunción... París. (Mansilla 1966, 37, subrayados en el original)

Como se ve, Mansilla ya no es aquí el extranjero seducido por el baile de kyguá-verás, sino el joven que, después de haber recorrido, y de haberse divertido en, “las grandes capitales del mundo” y después de haber “comparado” las civilizaciones de Oriente y Occidente (Mansilla 1966, 33), se mezcla en las fiestas del Paraguay rural donde las clases superiores y bajas se divertían juntas (Potthast 2011, 196-197). Situada luego de su gran viaje de juventud a Oriente (1849-1851) y apenas un año después de su segundo viaje a Europa de 1852, la temporada en Asunción y la excursión a Luque de “Los extremos se tocan” es un capítulo ausente en las biografías de Mansilla²⁹.

Más importante que eso, sin embargo, es el hecho de que el episodio de juventud en el Paraguay de 1853 contenga precisamente una frase de larga, y capital, proyección en su literatura. Porque la frase de Quevedo es, aunque invertida, la misma que, en una versión abreviada de la escena, Mansilla ya había referido nada menos que en la primera carta de la *Excursión*: Mansilla la escribía entonces por primera vez (“¡Lucio, después de París, la Asunción!”) y la transformaba con su célebre “después de una tortilla de huevos de gallina frescos en el Club del Progreso, una de avestruz en el toldo de mi compadre el cacique Baigorrita” (Mansilla 1984, 5). Y con ambas, en 1870, abría el corredor París-Asunción-Buenos Aires-Leuvucó mientras introducía esa idea clave de su filosofía experimental que dice que la felicidad “está en los extremos”, y que es, precisamente, la que reescribe el título de la *causerie* de 1889 (“Los extremos se tocan”). Pero la frase es, además, la misma que en 1878, en la incursión etnográfica de “Tembecúa”, Mansilla reescribía en la forma de una opción: “Lectores y lectoras: Un mi amigo Emilio Quevedo, que ya no existe, decía: ‘París o el Paraguay’”. Y a ella respondía, desde Amambay, frívolo y provocador: “¡Elegid!” (Mansilla 1963, 345).

²⁹ Mansilla no menciona en la *causerie* que con la caída de su tío Juan Manuel de Rosas, que no había reconocido la independencia de Paraguay en 1842, cesaba también un conflicto con el gobierno de Carlos Antonio López y que es, evidentemente, en ese momento que se instala un tiempo en Paraguay.

Paraguay y París

Último texto sobre el tema, “Los extremos se tocan” condensa todos los tiempos implicados en la larga historia de Mansilla con Paraguay: escrita y publicada en 1889, cuenta un episodio de 1853, que había referido brevemente en 1870; contextualiza, al expandir la escena, una de las frases capitales con las que abre el viaje a los ranqueles; y completa el cuadro del Paraguay edénico que había presentado en algunas *causeries* de 1878. La “serie de Paraguay”, en la que incluyo tanto los escritos y publicados en 1878 como este último de 1889, despliega entonces la trama del vínculo con un país que para Mansilla siempre ha sido un impulso para la escritura. Desde luego, la atracción por ese país que encuentra tan “interesante” y “lleno de misterios” como “hospitalario” y “lleno de vida” se nutre de las imágenes que vienen con el tópico de Paraguay como Arcadia o como “país de las mujeres”. Pero en la escritura de Mansilla significa algo más. Porque si en la *Excursión*, como dice Cristina Iglesia, Mansilla “elige narrar la felicidad del estado de naturaleza” (Iglesia 2003, 557), la imagen que estrena en ese viaje a los ranqueles (“después de París, la Asunción”) y que en la serie de Amambay transforma en opción (“París o el Paraguay”) encierra tanto una visión del mundo y una filosofía de vida – entre natural y sofisticada, entre práctica y hedonista – como una forma de transformar la dicotomía civilización-barbarie y un modo de postular, finalmente, un mapa ampliado que, al menos en una de sus coordenadas geopolíticas y no de las menos transitadas (ni en los viajes ni en la escritura), afirmará, *a la vez*, Paraguay y París.

En 1889 Mansilla comienza a recopilar las *causeries* que estaba publicando desde 1888 en el *Sudamérica*, en volúmenes que edita Juan Alsina. Pero en el volumen I incluye “La cabeza de Washington”, publicada anteriormente en *La Tribuna Nacional*, mientras llegaba a Europa en 1881. Y entre las diecinueve *causeries* que reúne en el volumen II, ya recoge cinco de la serie del oro que vimos aquí, publicadas diez años antes; en el III, dos más, y en el IV, las tres restantes. El interés por recuperar estos relatos previos entre las resonantes *causeries* del momento, como “Los siete platos de arroz con leche”, “Catherine Necrassoff” o “¿Si dicto o escribo?”, es evidente. Con ellas, presenta otra de las caras de su vida “multifacética” y una de las partes del mundo que frecuentó y le impulsó a escribir. En el mundo de Lucio V. Mansilla, en el mapa que el excursionista del planeta traza con las calles de Chandernagor y las pirámides de Egipto, los trenes de Italia y los salones de París, los caminos de las provincias y las tolderías ranquelinas, la experiencia en Paraguay –desde las serranías en las que se interna el explorador, a las fiestas populares de Luque y Asunción en las que se mezcla el viajero argentino- se intercala como un territorio de contornos propios.

Bibliografía

- Baratta, María Victoria. 2014. "Representaciones de Paraguay en Argentina durante la guerra de la Triple Alianza". *Revista Sures* 1 (4): 41-53.
- Bareiro Saguier, Rubén. 2001. "Horacio Quiroga: La tercera orilla de la frontera. (El guaraní en la escritura quiroguiana)". En *De nuestras lenguas y otros discursos*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Edición digital basada en la de Asunción, Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, 1990.
- Brezzo, Liliana. 2010. "Reconstrucción, poder político y revoluciones (1870-1920)". En *Historia del Paraguay*, coordinado por Ignacio Telesca, 199-224. Asunción: Taurus.
- Contreras, Sandra. 2010. "Lucio V. Mansilla, cuestiones de método". *Historia crítica de la literatura argentina. El brote de los géneros*, coordinado por Alejandra Laera, 199-232. Buenos Aires: Emecé.
- . 2012. "El genio de los buenos viajes". En Mansilla, Lucio V. *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*, selección y prólogo de Sandra Contreras, 9-50. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Guido y Spano, Carlos. 1866. *El gobierno y la Alianza*. Buenos Aires: Imprenta de Buenos Aires.
- . 1871. *Hojas al viento*. Buenos Aires: Imprenta de La Tribuna.
- . 1879. "Carta de Carlos Guido y Spano a Lucio V. Mansilla". *El Nacional*, 7 de enero de 1879.
- De Marco, Miguel Angel. 2003. *Corresponsales en Acción. Crónicas de la Guerra del Paraguay. La Tribuna, 1865-1866*. Buenos Aires: Librería Histórica.
- Empresa de minerales, cristales y piedras preciosas en las serranías de Amambay y Maracayú*. 1877. Buenos Aires: Imprenta y litografía del "Courrier de La Plata".
- Gómez, Leila. 2009. *Iluminados y tráfugas. Relatos de viajeros y ficciones nacionales en Argentina, Paraguay y Perú*. Madrid: Iberoamericana.
- Iglesia, Cristina. 2003. "Mansilla, la aventura del relato". *Historia crítica de la literatura argentina. La lucha de los lenguajes*, coordinado por Julio Schvartzmann, 541-563. Buenos Aires: Emecé.
- Louis, Annick. 2008. "Homo explorator. La escritura 'no literaria' de Arthur Rimbaud, Lucio V. Mansilla y Heinrich Schliemann". *The Colorado Review of Hispanic Studies* 6 (Fall 2008): 55-76.
- Mansilla, Lucio V. 1878. "Exploraciones practicadas por el Coronel Mansilla en las serranías de Amambay y Maracayú". *El Plata industrial y agrícola*, 10/09/1878.

- — —. 1984. *Una excursión a los indios ranqueles*, prólogo, notas y cronología de Saúl Sosnowski. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- — —. 1963. *Entre-nos. Causeries del jueves*. Buenos Aires: Librería Hachette.
- — —. 1966. *Charlas inéditas*, selección, presentación, notas y cronología por Raúl Armando Kruchowski. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- — —. 2012. *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*, selección y prólogo de Sandra Contreras. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Memoria del Gobernador de los Territorios del Chaco*. 1879. En *Memoria del Departamento del Interior, correspondiente al año 1878*. Buenos Aires: Imprenta La Tribuna.
- Mitre, Bartolomé. 1873. "Noticia Preliminar". En *Viajes inéditos de Don Félix de Azara*, 1-19. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- Moretti, Franco. 2014. *El burgués. Entre la historia y la literatura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Penhos, Marta. 2005. *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Potthast, Bárbara. 2011. ¿"Paraíso de Mahoma" o "país de las mujeres"? *El rol de la familia en la sociedad paraguaya del siglo XIX*. Asunción: Fausto Ediciones. Segunda edición.
- — —. 2006. "Algo más que heroínas. Varias roles y memorias femeninas de la Guerra de la triple alianza". *Diálogos* 10 (1): 89-104.
- — —. 2015. "Mujeres cabeza de hogar y relaciones de género en Paraguay, siglo XIX y XX". En *Familias históricas. Interpelaciones desde perspectivas iberoamericanas a través de los casos de Argentina, Brasil, Costa Rica, España, Paraguay y Uruguay*, coordinado por Mónica Ghirardi y Ana Silvia Volpi Scott, 157-192. Sao Leopoldo: Oikos/Editora Unisinos.
- Rodríguez, Fermín. 2010. *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Rodríguez Alcalá, Hugo. 1987. "Lucio V. Mansilla y el Paraguay". En *Quince ensayos*, 199-218. Asunción: Criterio-Ediciones.
- Rosas Buendía, Miguel. 2020. "Ciencias naturales, aislamiento y especulación en *Cartas de Amambay* y otros textos sobre el Paraguay de Lucio Mansilla". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*. 44(3): 715-738.
- Salvioni, Amanda. 2006. "El silencio de las imágenes. Las ilustraciones a *Una excursión a los indios ranqueles*". *Confluenze. Rivista di Studi Iberoamericani* 7(1): 107-136.
- Silvestri, Graciela. 2010. "Cuadros de la naturaleza. La retórica del viaje en el fin de siglo argentino (1878-1904)". *Historia crítica de la literatura argentina. El*

brote de los géneros, coordinado por Alejandra Laera, 467-498. Buenos Aires: Emecé.

Telesca, Ignacio. 2016. "Antes y después. Del amor al espanto. Construcciones históricas e historiográficas del Paraguay del siglo XIX". En *A 150 años de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay*, compilado por, Juan C. Garavaglia y Raúl Fradkin, 171-200. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Sandra Contreras

es Profesora Titular de Literatura Argentina I en la Universidad Nacional de Rosario e Investigadora Principal en CONICET. Actualmente dirige el proyecto "Archivo Lucio V. Mansilla. Para una relectura integral" y desarrolla una investigación sobre narrativas contemporáneas de larga duración. Publicó los libros *Las vueltas de César Aira* (2002) y *En torno al realismo y otros ensayos* (2018). Colaboró en la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* (Dir. Noé Jitrik). También editó, con prólogo y selección a su cargo, *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*, de Lucio V. Mansilla (2012).

Contacto: sandracontreras123@gmail.com

Recibido: 30/07/2021

Aceptado: 04/11/2022